

Narraciones completas  
*Aleksandr S. Pushkin*



Si Pushkin fue un emblema nacional como poeta, su obra narrativa, por su precisión y brevedad, por su exigencia de «ideas y más ideas», supuso una auténtica innovación. Esta edición de sus Narraciones completas, que incluye piezas tan famosas como «La dama de pique» o «La hija del capitán» junto con muchas otras hasta ahora inéditas en español, ofrece asimismo las claves del peculiar romanticismo pushkiniano, rápido, templado y estricto. Sus héroes y heroínas nobles bandoleros, húsares y cosacos, dandis de Petersburgo, princesas patriotas y señoritas novelescas se ven envueltos en lances extraordinarios y gráciles mascaradas, pero son observados por un narrador que, además de dominar con habilidad extrema los recursos de la trama; es capaz de verla al trasluz, de contemplar con humor tanto lo romántico como la decepción de lo romántico.

## INTRODUCCIÓN

Cuenta John Bayley que cuando Mérimée, que sabía ruso y era admirador de Pushkin, enseñó a Flaubert unas traducciones suyas del poeta ruso, Flaubert, sinceramente sorprendido, exclamó: «*Mais il est plat, votre poète!*». Según Bayley, la imposibilidad de transmitir a otro idioma el efecto que causa Pushkin en los rusos radica en que produce el placer de una lengua que descubre su identidad, que abre los ojos a todo cuanto la rodea y que ha encontrado su expresión perfecta. Para los rusos Pushkin es poesía, es la encarnación de su cultura y su idioma, es quien los enseñó a hablar, a ser ellos mismos y a gozar de su propio idioma, a saber quiénes eran y qué sentían. En la escena literaria rusa Pushkin es omnipresente, no sólo porque marcó profundamente a todos los escritores que vinieron después, sino también gracias a su enorme versatilidad, que le permitió escribir deliberadamente en los géneros más diversos: el poema épico, el poema narrativo romántico, el drama en verso libre, la novela en verso, la novela corta y la investigación histórica, sin mencionar ya su lírica, que nunca ha sido superada. No hay duda de que Pushkin es el poeta ruso por excelencia; con una gracia y naturalidad mozartianas consiguió una perfecta fusión entre sonido, ritmo, imagen y significado. La poesía de Pushkin es la culminación del lenguaje poético ruso del siglo XVIII y, al mismo tiempo, la síntesis de la tradición cultural rusa y europea.

En cambio, en prosa Pushkin es un innovador, y toda su prosa es un enorme experimento, pues sus únicos predecesores son Radischev y Karamzín, ambos muy respetados pero ya decididamente obsoletos. La prosa que encontró Pushkin era una mezcla de poesía y prosa, una fusión de narrativa y oratoria, todavía no tenía su propio lugar, se percibía y se valoraba en comparación con el verso con el que competía en forma meliflua y cualidades rítmicas. El experimento de Pushkin es polémico: se aparta conscientemente de la prosa de sus contemporáneos. En 1822 escribió: «¿Qué podría decir de nuestros escritores, que, considerando una vulgaridad expresar con sencillez las cosas más simples, pretenden animar una prosa infantil con muchas palabras y blandas metáforas? Nunca dicen “amistad” sin añadir “este sagrado sentimiento, cuya noble llama”, etc. ¿Suponen, acaso, que suena mejor por ser más largo? La precisión y la brevedad son las cualidades más importantes de la prosa. Exige ideas y más ideas...». Para Pushkin la poesía y la prosa son dos ámbitos autónomos del arte; la prosa tiene su propia estética, cuyas leyes principales son la precisión, la brevedad y la sencillez, y su propio ámbito de acción. «Supongamos que la poesía rusa ya ha alcanzado un alto grado de desarrollo —escribió en 1825—; la ilustración del siglo requiere alimento para el pensamiento, la mente no puede satisfacerse sólo con juegos de armonía e imaginación; pero ni la ciencia, ni la política, ni la filosofía se han expresado en ruso». Por tanto, una de las razones más apremiantes que le impulsan a ocuparse de la prosa es la necesidad de crear un lenguaje que todavía no se ha desarrollado; la prosa no sólo era necesaria para las *belles lettres*, sino sobre todo para la práctica social y el uso científico.

Por eso Pushkin tiende a ver la prosa como la expresión del pensamiento (a diferencia del «lenguaje de los sentimientos»).

En la época de Pushkin la literatura era por encima de todo poesía, de la que la prosa no era más que una parte. Todas las normas estaban definidas por la poesía y se derivaban de ella. El verso era el lenguaje universal del arte literario, su idioma natural. Sólo de forma gradual, de un dialecto inferior que no gozaba de plenos derechos, utilizado únicamente por necesidad, la prosa se convirtió en sustituto del «lenguaje de los dioses» rimado, y en la década de 1830 empieza la ruptura. El Siglo de Oro literario en Rusia se desarrolló tan rápidamente que redujo a unos pocos años el paso de la poesía, que parecía el medio natural de expresión, a la prosa y la novela, que se volvieron dominantes. Pushkin se acercó a la prosa como un hombre de los años veinte, a partir de la poesía, pero gracias a toda su actividad preparó el triunfo de la novela en prosa. La historia de la literatura se repitió en su evolución personal: tras ocupar un lugar modesto en su producción en la década de 1820, en la de 1830 se convirtió en un aspecto fundamental y dominante de su creatividad. Como dijo John Bayley, los *Cuentos de Belkin*, *La dama de pique* y *La hija del capitán* no sólo son tan obras maestras como sus obras en verso, sino que llevan el mismo sello inconfundible y original de su estilo y personalidad, que es un tanto incomprensible para los lectores occidentales, acostumbrados a la idea de que un *gran escritor* se toma su vida y su arte mucho más en serio de lo que lo hace Pushkin.

Como ha observado Abram Lezhnev en su magnífico libro sobre la prosa de Pushkin, que ha servido de base para esta introducción, su experimento más atrevido durante una época de dominio de la prosa poética y florida fue rechazar cualquier tipo de ornamentación, obteniendo una sencillez que no sólo era impensable en su época, sino que sigue chocando hoy día. Otra ruptura con sus predecesores y con los prosistas de su generación fue el uso que hizo de la descripción: no la elimina como Dostoyevsky, pero le da una función subordinada, reduciendo su papel y su alcance.

Lo característico de sus descripciones es su extrema concisión: utiliza frases cortas, firmes y rápidas, sin oraciones subordinadas. Junto con la reserva en los epítetos, las metáforas (tan usadas en su poesía) están prácticamente ausentes y los símiles son escasos. Parece elegir conscientemente los colores neutros, los atributos más sencillos, las combinaciones de palabras más comunes. Evita los efectos pintorescos, las yuxtaposiciones vistosas y las frases altisonantes. Al mismo tiempo esta reserva se combina con una gran variedad y riqueza de los verbos, lo cual confiere a la oración movilidad, viveza y energía.

El lenguaje de Pushkin es sumamente variado y atrevido, hasta el punto de que se sirve de los elementos más heterogéneos: expresiones bíblicas, arcaísmos, lenguaje coloquial y popular, sin limitarse a un grupo determinado de léxico; es decir, mezcla elementos de un estilo «elevado» y «llano». El diálogo es concreto en su reflejo de la vida cotidiana. Abandona la corrección retórica de las construcciones de sus contemporáneos, así como la división en géneros tan característica de los prosistas de los años veinte y treinta. Mantiene dos niveles de diálogo, el de la gente sencilla y el lenguaje de la sociedad culta. Pushkin reconstruye el habla popular no tanto mediante la selección de palabras cotidianas y concretas o errores (que casi nunca usa) como recurriendo a expresiones peculiares y características y a la entonación, a la estructura de la oración y a la libre energía de expresión que diferencia el habla popular del habla libresca. En el uso del lenguaje popular Pushkin revela dos características básicas de su estilo: el afán de equilibrio, la utilización de un mínimo de medios y el acento en el registro «medio» de la expresividad. Utiliza la palabra como si fuera color, pero nunca la usa como un color decorativo.

La concreción del Pushkin prosista, su afán por abordar en seguida un acontecimiento, de hablar de hechos, de mostrar el trazado principal de la idea, le obliga a escribir

de una forma muy estricta. Nunca trata de ser brillante ni sorprendente, no considera que la prosa sea un medio dúctil para expresar sus estados de ánimo. Ante todo trata de ser práctico, colocando la palabra al servicio de los acontecimientos y ocultando su personalidad en la sombra. La literatura de su tiempo practicaba ampliamente la digresión, el discurso en sí mismo. Así escribieron Jean-Paul y Byron, Chateaubriand y Hugo, los románticos alemanes. También Pushkin escribió así en sus narraciones en verso: *Yevgueni Oneguín* y *La casa de Colomna*, pero en prosa cultiva la «historia rápida», que tiene carácter realista y práctico, con un argumento. El discurso del autor, cuando se aparta de los límites inmediatos de la narración, es mucho más modesto y contenido que en su poesía.

Aunque su prosa fue tildada de «seca» por algunos de sus contemporáneos, siempre trasluce una actitud personal e interesada. Para Pushkin los personajes nunca son fenómenos de la naturaleza que el artista observa y describe como un científico sin pasión alguna, como pasa en Flaubert y los naturalistas franceses. Pushkin anticipa la evolución de la literatura rusa, que supo ser objetiva sin convertirse en desapasionada. La sencillez y autenticidad de los acontecimientos, el gusto natural por la vida, sin edulcoración ni amargura, la poesía que se deriva de la verdad cotidiana, que Tolstoy supo expresar de una forma contundente y cautivadora, proceden de Pushkin, de su visión sobria y luminosa, de la comprensión sensible de un artista atento a la realidad.

A pesar de la influencia de Hoffmann (*El enterrador*, *La dama de pique*), prácticamente ineludible en su época, la excentricidad es tan ajena a Pushkin como su polo opuesto: lo didáctico, lo moralizante y lo alegórico. Esto le distingue claramente de la prosa francesa del siglo XVIII, con la que tiene mucho en común y donde, tal vez, esté el origen de su estilo característico. Pushkin, heredero de la Ilustración francesa y que tomó mucho de Voltaire, próximo a él por su

estilo sencillo y sin adornos, por los temas y la rapidez de acción, tiene una actitud totalmente distinta con la prosa: para Voltaire la forma artística de sus cuentos es el envoltorio para el «relleno» filosófico, una forma de popularizar el pensamiento. Lo contrario ocurre en Pushkin: ni *La dama de pique*, ni *La hija del capitán*, ni los *Cuentos de Belkin* están escritos para ilustrar una posición abstracta de moral o filosofía.

Esto no significa que las narraciones de Pushkin carezcan de una idea, pero es una idea orgánica, con múltiples significados, que penetra de forma compacta en los medios expresivos y cuya interpretación «simple» puede llevarla al absurdo. El lugar de lo moralizante y lo didáctico es ocupado por la ironía, que está muy lejos de lo que se entendía por ironía en el romanticismo: no la superación ni el rechazo de la vida por el arte, la dualidad de la consciencia que ve las limitaciones que la vida le impone. La ironía de Pushkin es el desdén que proviene del sentido común, del ingenio, muy realista y muy concreto.

La concisión de Pushkin encuentra su expresión en lo que él mismo llamó «cuento rápido». Es rápido porque tiene argumento, la acción está estrictamente delimitada y no tiene desviaciones, se evitan las descripciones detalladas y las digresiones se limitan a observaciones del autor, siempre breves y relacionadas con la obra. Ésta tiene una perspectiva clara, no está recargada con objetos ni ornamentos, hay equilibrio entre las partes y claridad en la concepción. En la estructura del argumento hay una clara conciencia de las características específicas de cada género. Su novela corta siempre parte de un «incidente inusitado», según la definición de Goethe. Cuando el cúmulo de «incidentes» se ha desentrañado, la historia concluye de forma natural. Sin embargo, con frecuencia la interrumpe sin darle una verdadera conclusión, insinuando sólo con unas palabras a menudo irónicas su dirección. El argumento casi siempre se desarrolla sin artificios de novelista que trata de

despertar la curiosidad del lector. *La dama de pique* y *La hija del capitán*, que son las expresiones más completas de dos formas de narrar de Pushkin, pueden servir de ejemplo de un desarrollo claro del argumento. Los acontecimientos se suceden de manera estricta y lógica, sin embrollos, desplazamientos en el tiempo ni omisiones intencionadas.

La «rapidez» de las narraciones de Pushkin está relacionada con la manera en que construye los personajes. Pushkin no muestra la experiencia de una persona sino su comportamiento. Es el primero en la prosa rusa que resalta el carácter, el tipo. Sus contemporáneos estaban ocupados con los problemas de estilo, argumento y colorido histórico, pero la mayoría de ellos descuidaba la caracterización. Las narraciones de Pushkin tuvieron una impronta peculiar porque sus personajes actuaban con una personalidad y un carácter determinados; no sólo introdujo la caracterización en el cuento ruso, sino que convirtió la revelación del carácter en su nudo fundamental. Mostró la manera de hacerlo a muchas generaciones de escritores. En 1836 escribió: «Los novelistas de antes presentaban la naturaleza humana con una especie de pomposidad afectada; el premio a la virtud y el castigo del vicio eran condiciones inevitables de cada obra; a los escritores de hoy, por el contrario, les gusta presentar el vicio que triunfa siempre y en todas partes, y encuentran sólo dos cuerdas en el corazón humano: egoísmo y vanidad. Naturalmente, esta visión superficial de la naturaleza humana revela la falta de profundidad del pensamiento y pronto será tan ridícula y dulzona como el envaramiento y la solemnidad de las novelas de Arnaud y Mme. Cottin». Refiriéndose al retrato amplio y libre de los personajes de Shakespeare, a diferencia de Byron y Molière, observó: «Los caracteres creados por Shakespeare no son, como en Molière, básicamente encarnaciones de tal o cual pasión, de tal o cual vicio, sino seres vivos llenos de muchas pasiones, de muchos vicios; las circunstancias desarrollan sus personalidades ricas y múltiples ante el espectador».

Por tanto, para Pushkin el concepto de personaje es muy preciso y constituye una de las piedras angulares de su poética. Pushkin está tan en contra de los escritores didácticos del siglo XVIII como de los analistas del XIX, viendo en ambos una simplificación. Le molesta incluso más la inclinación de los románticos a lo pintoresco y al personaje titánico, caprichoso, colosal, esa estética afectada y poco natural que le hacía burlarse de Hugo y de Vigny. La convicción de que el hombre no es un diablo ni un ángel, ni blanco ni negro, sino que el blanco y el negro están mezclados en él en diversas proporciones y que los colores nunca aparecen en forma pura, se convirtió en un principio de toda la literatura rusa, especialmente en Tolstoy.

En sus narraciones Pushkin creó personajes que se podían ver y conocer, con un carácter que no estaba limitado a una máxima, que tenía rasgos vivos y variados y que siempre aparecen en acción. Suele ofrecer una motivación psicológica general, definiendo esa motivación y dándole cuerpo por medio de la acción. Así, por ejemplo, Hermann se revela ante nosotros mediante sus actos y sus observaciones; la escena de su encuentro con la vieja condesa es expresiva y rica en sus cualidades dramáticas y muy general en su análisis psicológico. El análisis de Pushkin es limitado no porque evite el psicologismo, sino porque la literatura todavía no había llegado a ese punto. Pushkin anticipa el análisis psicológico que constituyó la fuerza de la literatura rusa de mediados y finales del siglo XIX. *La dama de pique* ya es una puerta abierta a la novela psicológica, sólo hay que dar un paso, y ese paso lo da Lérmontov, que introduce el principio del intenso desarrollo psicológico. Como ha señalado Gershenzon, «el relato de Pushkin, a diferencia de la narración contemporánea, no es un cuadro sino un dibujo a pluma... El arte que reproduce la plenitud de la vida, que transmite el aire y la profundidad de un cuadro, se logró más tarde. Hizo falta el genio de Gógol, así como los apuntes de las narraciones "psicológicas" de los escritores

de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX para proporcionar esa riqueza».

Así pues, la prosa de Pushkin se desarrolla dentro de ciertos límites: no era algo que ocupara la totalidad de su mundo del creador. Pushkin se revela completamente en la poesía. Asigna a la prosa un ámbito particular, que, aunque muy amplio, no equivale al todo. Es el mundo de la realidad y del pensamiento, pero el mundo lírico del poeta está cerrado para la prosa. Por otra parte, en su prosa hay muchas cosas que están implícitas, siempre deja espacio para desarrollar ideas («*Comme il insiste peu!*», dijo Mérimée). Bajo el texto siempre subyace otro que forma una profunda perspectiva de significado; hay mucho que está en las profundidades, oculto en una semioscuridad. Esto, junto con la claridad de su prosa, constituye lo que se ha llamado la dificultad de Pushkin: aparentemente es muy sencillo, pero no siempre resulta fácil determinar cuál es su intención.

Junto con el estilo fundamental del autor, gráfico, sobrio y comedido al máximo, en los últimos años de su vida aparece, dentro de ese estilo y sometido a sus leyes, otro que augura un futuro nuevo; es menos estricto y más pintoresco. Aparece en *La hija del capitán*, en *Maria Schoning* y fragmentos de *Un Pelham ruso*. Tras llevar su forma de escribir al grado extremo de expresividad en *La dama de pique*, Pushkin parecía estar buscando otras vías, y los últimos años de su vida se asemejan a una amplia exploración en todas las direcciones. Aparece una vasta novela moralista y descriptiva con una polémica oculta (*Un Pelham ruso*), un modelo de cuento psicológico experimental (*Maria Schoning*) y el relato realista de la vida cotidiana adaptado a un entorno histórico (*La hija del capitán*).

La variedad de posibilidades que ofrece la obra de Pushkin resulta asombrosa. En ello, así como en la perfección de su expresión y en la generosidad creadora, también recuerda a Mozart. Toda la futura riqueza de la literatura rusa está contenida en él como en un embrión: Lérmontov con

su *El héroe de nuestro tiempo*; Turguénev, cuyos personajes femeninos son un desarrollo de Tatiana y Polina, y los masculinos, de Onegin; Dostoyevsky, que llamaba a Hermann «una figura colosal» y claramente se inspiró en él para crear a Raskolnikov, además de desarrollar a sus «humillados y ofendidos» a partir del maestro de postas del cuento homónimo de Pushkin; y por último Tolstoy, quien no sólo utilizó los esbozos de Vólskaya y Zinaída para el personaje de Anna Karenina, sino que también fue discípulo suyo en la selección de los personajes, su tratamiento, la variedad de motivaciones psicológicas y la sencillez de los temas. Se podría establecer la línea de sucesión Pushkin-Lérmontov-Turguénev-Tolstoy. De esta forma, tanto directa como indirectamente (a través de Lérmontov), Pushkin influyó enormemente en toda la prosa rusa.

\*\*\*

Aleksandr Serguéyevich Pushkin nació en Moscú el 26 de mayo de 1799. Su padre pertenecía a una de las familias más antiguas de la nobleza, cuya aparición data del siglo XI. Los Pushkin siempre se distinguieron por su independencia y por una propensión a las intrigas inoportunas. A finales del siglo XVIII la familia estaba empobrecida y alejada de la corte. La madre de Pushkin (llamada *la belle créole*) era nieta de Abraham Hannibal, negro de Abisinia que fue regalado de niño a Pedro el Grande y que con el tiempo se convirtió en amigo y correligionario del zar y emparentaría con la nobleza rusa. Pushkin siempre estuvo muy orgulloso de su origen africano. La educación que recibió en su casa fue bastante caótica; como era habitual en ese tipo de familia, aprendió perfectamente el francés y se aficionó a la lectura, también en francés, recurriendo a la nutrida biblioteca de su padre, compuesta sobre todo de autores franceses del

siglo XVIII. Parece ser que los padres, siempre ocupados en múltiples funciones sociales, hacían muy poco caso a sus hijos. Es notable que Pushkin no haya escrito ni un solo poema dedicado a sus padres ni a su infancia, y la única persona de esa época que aparece en sus escritos es su niñera rusa, Arina Rodiónovna, que le enseñó ruso y le contaba una infinidad de cuentos y leyendas populares.

En 1811 Pushkin ingresó en el Liceo de Tsárskoye Seló, situado en la residencia veraniega del zar. Creado ese mismo año por Alejandro I como institución exclusiva para los hijos de la alta nobleza, estaba concebido para preparar futuros diplomáticos, políticos y militares que pudieran ocupar los cargos más altos. El programa del Liceo era extenso y variado —lenguas clásicas y modernas, derecho, religión, economía política, estética, geometría, álgebra, danza, esgrima y retórica— y se destacaba por su espíritu liberal y humanístico. El tipo de enseñanza fomentaba los ejercicios literarios: se editaban varias revistas manuscritas en las que Pushkin participó desde muy pronto. Más tarde observaría: «Empecé a escribir a los 13 años y a publicar casi en esa misma época». En el Liceo había un verdadero culto a la amistad, inseparable de la tradición prerromántica: Schiller y Karamzín, Rousseau y Bátyushkov crearon una verdadera mitología de la amistad. Pero, al margen de las influencias literarias, Pushkin hizo grandes amigos en el Liceo que conservaría durante toda su vida. En cierto modo el ambiente de la escuela sustituyó para él al de la familia, tan frío en su caso, y los poemas que escribió sobre aquella época ocupan en su obra el lugar de los recuerdos de infancia. Dos acontecimientos lo consagraron como poeta: en 1815, en un examen público del Liceo, recitó uno de sus poemas ante Derzhavin, el poeta más venerado de la época, quien se quedó impresionado por la frescura y la elegancia de sus versos. Además, fue admitido en la sociedad literaria Arzamás, que reunía a escritotes jóvenes y combativos, románticos, irónicos y enemigos declarados de la «vieja guardia».

En 1817 salió del Liceo y fue adscrito nominalmente al ministerio de Asuntos exteriores, instalándose en la capital. La vida de Petersburgo deslumbró y absorbió al joven poeta; iba a la ópera, a las bulliciosas cenas de solteros, hacía amistad con actrices y mujeres del *demi-monde*, jugaba a las cartas y, tal vez, participó en algún duelo. El ambiente de esa época era de gran efervescencia: la victoria sobre Napoleón de 1812 despertó en la sociedad una sensación de su propia fuerza, los jóvenes estaban sedientos de actividad y de enfrentarse con las autoridades y con los «viejos». Proliferaron las reuniones, la formación de círculos de toda clase y empezaron a surgir sociedades secretas. Muchos de los amigos de Pushkin eran liberales activos que ya tomaban parte en las conspiraciones contra el gobierno que llevaron a la insurrección de diciembre de 1825. Pushkin frecuentó diversos grupos, aunque, siempre celoso de su independencia, no se comprometió con ninguno, y entre los poemas y epigramas de esa época escribió algunos de tipo político, como *La aldea* y la oda *A la libertad*, que inmediatamente empezaron a circular en forma manuscrita. Sus versos contra la tiranía fueron interceptados y sólo gracias a la intervención de escritores tan respetados como Zhukovsky y Karamzín no fue desterrado a Siberia, sino al Cáucaso.

Este primer exilio adoptó la forma de un traslado a Kishinev, a la oficina del comandante de Moldavia, el teniente general Inzov, que le recibió cariñosamente y trató de no abrumarlo con tareas burocráticas. Aquel verano se publicó *Ruslán y Liudmila*, primer intento de una narración libre de los rígidos cánones del clasicismo, en que la ironía se mezcla con la sensualidad, y el lenguaje poético con el coloquial. El público reaccionó con entusiasmo y la crítica con escándalo, y el poema le valió el reconocimiento general. El viaje por Crimea y por el Cáucaso, la riqueza del paisaje y de los tipos físicos, así como la lectura de Byron, le permiten iniciar un nuevo género en la literatura rusa: el poema

narrativo byroniano. *El prisionero del Cáucaso*, *Los hermanos bandidos* y *La fuente de Bajchisaray* tuvieron un éxito inmediato entre los partidarios del romanticismo. En 1823 Pushkin consiguió el traslado a Odessa, que en comparación con Kishinev era una gran ciudad cosmopolita, con ópera, restaurantes franceses y una sociedad joven y ávida de diversiones. Allí Pushkin trabajó en la oficina del gobernador del Cáucaso, el conde Vorontsov, un anglófilo frío y ambicioso totalmente indiferente a la literatura, a quien desagradó la desenvoltura del poeta y su claro desinterés por la oficina. Las relaciones, tensas desde el principio, se agravaron debido a varios epigramas sangrientos de Pushkin sobre el conde y a su enamoramiento de la mujer de Vorontsov, parece ser que correspondido. Vorontsov envió un informe a Petersburgo tachando al poeta de peligroso librepensador. Al mismo tiempo la censura interceptó una carta en la que Pushkin contaba a un amigo que estaba «tomando clases de ateísmo». En julio de 1824 fue expulsado del servicio por orden del zar y desterrado a Mijáilovskoye, la aldea de su madre en la provincia de Pskov.

En Mijáilovskoye encontró a su familia, que consideraba su destierro una deshonra. El padre «tiene la debilidad», según el poeta, de aceptar la misión de controlar sus movimientos y correspondencia, lo cual causa violentos enfrentamientos entre padre e hijo y la ruptura, a consecuencia de la cual la familia se marcha de Mijáilovskoye y deja a Pushkin solo con la única compañía de su vieja niñera. El poeta lee, da grandes paseos a caballo y escribe incansablemente: *Boris Godunov*, drama shakespeariano; los capítulos tercero y cuarto de *Yevgueni Oneguín*, su gran novela en verso; *El conde Nulin*, un poema narrativo cómico, y mucha lírica. Además, prepara la edición de su primera colección de poemas, que se publicó en 1825 y se agotó en dos meses. En diciembre de 1825 se produjo un acontecimiento que tendría grandes repercusiones para la historia rusa y para la vida del poeta: fracasó el levantamiento de los de-